

el peso de tan inconmensurable grandeza. Pero la Religión Católica está asentada en los más perfectos ideales del amor y de la dulzura: en la caridad de un Dios de tal modo Bueno y Misericordioso, que hace descender del cielo á su Unigénito para que tome humana carne y habite entre nosotros, para que se sacrifique por redimir al hombre, para que perpetúe su vida en los siglos por el Sacramento eucarístico; y en la Maternidad de una Virgen, prodigio del Amor Eterno y de la Omnipotencia Infinita, tesoro de todas las misericordias, modelo de todas las grandes virtudes, refugio de los pecadores contritos, Santuario siempre abierto á las almas que quieren buscar en él la santificación de sus alegrías, ó el lenitivo de sus congojas y de sus infortunios. Si nosotros meditamos sobre los profundos arcanos de la predestinación de María, la fe nos hará ver, más claros que si los contempláramos con nuestros propios ojos, su dignidad, sus privilegios, sus méritos, el valor de su intercesión y la intensidad de su ternura. Si examinamos después los beneficios de esa Madre admirable en la vida de la Iglesia, donde destruyó tantas herejías, subyugó á tantos entendimientos soberbios, y salvó tantas almas pecadoras, yo no me limitaré á exclamar con la Iglesia y con los Santos Padres que María es la *Estrella del Mar*, sino que afirmaré que es el gran astro de esos espacios infinitos, Océanos hartos más dilatados que los mares de nuestro pla-

neta. Si investigamos luego el valimiento y los favores de María en el Religioso Instituto de la Merced, de la Redención de cautivos, como María misma se dignó llamarle, veremos que, por los prodigios realizados en la fundación de tan ensalzada Orden, por el heroísmo singular de sus redentores y mártires, por el celo ardentísimo de sus numerosos misioneros, por la ciencia luminosa de sus grandes sabios, por el reconocido genio de sus poetas, sus artistas y sus hombres de Estado, por la castidad radiante de las vírgenes formadas bajo el admirable ejemplo de María de Socors, y cuyos aromas no solamente embalsamaron los claustros, sino que trascendieron á toda la sociedad cristiana, comprenderemos con cuánta razón y cuánta gracia ha podido llamar la Iglesia á María de la Merced la verdadera Instituidora de su Regla, como no lo verificó en ninguna otra de sus advocaciones. Si penetramos, por último, en el fondo de las generaciones evangélicas, en el nido amado de tantos hogares católicos, en los secretos de tantas tribulaciones y tantas pruebas como acrisolaron á las almas justas, en las lucubraciones de los sabios que siempre conservaron la fe, ó que, alumbrados por la gracia divina, tornaron de las sombras de la negación ó de la duda á las claridades de la verdad, nos hallaremos envueltos en atmósferas de salud y de júbilo, viviendo constantemente entre el lucero de la esperanza y el sol de la caridad y de la dicha, oyendo estas vivas

frases de consolación y de ventura dirigidas por la celestial María á todos los que la invocan: «Héme aquí, que vengo diligente, y mis mercedes van siempre conmigo.» *Ecce venio cito, et merces mea mecum est.*

Mis amados hermanos: del mismo modo que María, haciendo reflejar la luz de sus grandezas y de su natural afecto sobre el Evangelista Juan, confundió al Cerintiano y al Ebionita, é inspirando sucesivamente á San Justino, Orígenes, San Cirilo Alejandrino, San Pedro Crisólogo, San Ildefonso y San Juan Damasceno, hasta llegar á Santo Domingo y San Bernardino de Sena, y aun al Doctor Eximio, á Benedicto XIV y á San Felipe Benicio, humilló y confundió á Arrio, á Apolinar, á Helvidio, á Vigilancio y Nestorio, á Focio y á Miguel Cerulario, al Protestante y al Jansenista, así también, asistiendo la dulce Madre de Dios con su protección eficaz á los apologistas católicos, abatirá esa ciencia materialista y atea, que si alguna vez sabe entonar un canto á la naturaleza, jamás consagra un Himno de adoración y amor al Supremo Hacedor del universo, Dador de todo bien y Remunerador de toda virtud; ó bien logrará esa Virgen Clemente atraer al cabo hacia las regiones de la verdad á estos sabios extraviados por ceguedades funestas, con las hermosuras de su predestinación, con la alteza de su ser, con el prestigio y encanto de una maternidad tan dulce y tan solícita, que allí de donde desapa-

reció la quietud y sobrevinieron la tribulación ó el dolor, sobreabundaron siempre las gracias y las consolaciones. Los Pastores universales de la Iglesia Católica, Vicarios de Jesucristo, ponen sus esperanzas firmísimas en la devoción de María, y por su inspirado mandato todos los corazones fieles recitan con el más devoto entusiasmo la Salutación del Angel y las Oraciones de la Iglesia, después del Sacrificio augusto de nuestros altares, en demanda de sobrenaturales auxilios para esclarecer las inteligencias y para salvar las sociedades. Unamos, pues, hermanos míos á esos votos nuestros votos, á esas súplicas nuestras súplicas, y postrados de rodillas ante esa Virgen amantísima, digámosle con el acento penetrante de un corazón arrepentido:

¡Oh, Madre mía! Tú eres la amparadora fiel de todos los infortunados, porque eres la soberana del dolor y el modelo de la suprema fortaleza entre todas las generaciones humanas; y todos los que saben sufrir la adversidad, resignados y creyentes, desean purificar su llanto en el raudal de tus lágrimas. *Sancta Maria, succurre miseris.*

Tú eres la Virgen amable que miras compasiva las flaquezas de este pobre corazón humano y quieres infundir en él alientos de virtud: eres el dulce refugio del pecador contrito, y hoy te pedimos que calmes nuestra aflicción por las pasadas culpas, y te dignes confirmarnos en la perse-

verancia del bien. *Sancta Maria, juva pusillanimes, refove flebiles.*

Tú fuiste constituída en el monte de los amores santos, como Madre de la humanidad regenerada, y aquel pueblo entusiasmado que te aclamaba en Éfeso, aquellos auditorios que escuchaban con avidez tus alabanzas de labios de los grandes panegiristas, acuden hoy ante tu trono para implorarte su mejoramiento y su ventura. *Sancta Maria, ora pro populo.*

El Sacerdote católico es blanco de la persecución y la calumnia por parte del impío y del incrédulo; es mirado con recelo por aquellos poderes de la tierra que se apartan frecuentemente de la verdad y la justicia; es desatendido y olvidado de los corazones tibios en la caridad y en la doctrina, y ellos confían en tu socorro y tu amparo, para ser lucerna de una sabiduría que no se extinga, y vaso de elección que edifique las almas. *Sancta Maria, interveni pro Clero.*

Tú eres el prototipo de la doncella candorosa, de la mujer fuerte y vigilante, de la viuda que brilla por su gravedad y su modestia, de la virgen que ora en los recintos solitarios, y se une en arrobamientos inefables con el místico y celestial Esposo; y así la dama noble y piadosa, como la mujer honesta y sencilla, y como la cándida paloma que mora en el apartamiento del claustro, quisieran, por mediación tuya, ascender á las espirituales elevaciones de María de Bethania, y des-

cender luego á las provechosas actividades de Marta, para influir más feliz y eficazmente en el engrandecimiento de las sociedades. *Sancta Maria, intercede pro devoto fœmineo sexu.*

Haz, en fin ¡oh amante Madre! que todos cuantos hemos venido en este día á ensalzar tus prerrogativas y á publicar tus excelencias, nos esforcemos, con tu ayuda, en presentarte un alma purificada por la contrición, y diáfana como el azul de ese cielo; un corazón blando por la caridad y mecido por la esperanza que se apoya en la fe, como las aguas de ese mar tranquilo que nos arrulla con sus mansas olas; un espíritu siempre unido á la Iglesia de Jesucristo, como hijas fieles que sois de San Isidoro y San Fernando; y recibiendo constantemente de tu protección y tu misericordia los carismas de la gracia divina y los dones del Espíritu Paráclito, gozaremos un día de las delicias de la Jerusalén eterna. *Sancta Maria, sentiant omnes tuum juvamen, quicumque celebrant tuam sanctam Festivitatem. AMEN.*

